



# DUELO LIRICO



JUAN CASIS - EDITOR  
BOGOTA

## "EL CENTENARIO" O LA GENERACION POLEMISTA

Por JAVIER ARANGO FERRER

No sé de otra época colombiana en que la polémica literaria se hubiese desatado con tanto despliegue de erudición, de ingenio y de virulencia como en la del *Centenario*. La gran constelación de poetas centenaristas la constituyeron en Bogotá Eduardo Castillo, Angel María Céspedes, José Eustasio Rivera, Miguel Rasch Isla, Roberto Liévano, Luis Alzate Noreña y el inolvidable Abel Marín, cuya tumba se ha cerrado sobre sus despojos justamente hoy, 29 de abril de 1952. Salvo los tres últimos, estos poetas rompieron lanzas entre sí o con los críticos de aquellos días. En las camorras verbales, a treinta años vista, el lector desprevenido echa de menos la compostura, o al menos la templanza, que ha de guardar el escritor para no lastimar el sagrado ejercicio de la crítica, en el irrespeto a la persona siempre susceptible y en veces iracunda del poeta.

*Gil Blas* fue un periódico efectista amigo de alborotar la malsana curiosidad en folletines lugareños, firmados por escritores ocultos bajo seudónimos. En noviembre de 1920 apareció en dicho diario el famoso Don Lope de Azuero, con sus ademanes de Conde de Montecristo, para castigar los pecados de hurto y otras cojeras líricas en que, según él, incurrieron algunos poetas centenaristas. Este diablo cojuelo con visos de caballero andante, merodeaba por las plazas mayores de nuestra literatura, esgrimiendo contra las estatuas armas menos nobles que la lanza de Don Quijote. ¿Quién era Don Lope de Azuero? En el ambiente aldeano de aquellos tiempos se guardó sigilosamente el secreto, y la identidad del misterioso personaje dio pábulo a las más variadas fantasías. Se decía, entre las muchas hipótesis, que Don Lope era una capilla literaria de zoilos, unidos bajo el alegre signo de Baco, en turno riguroso para salir por los caminos en busca de reputaciones literarias.

Basta repasar las cuatro embestidas de este bisonte de la crítica para intuir que bajo su nombre se ocultaban dos escritores o dos modalidades. En las dos primeras, contra Marín y Castillo, aparece un crítico versado en filología, un Boileau

de la preceptiva, dueño además de vasta erudición literaria como para descubrirle las aleluyas y los abrevaderos al más ladino. La proyección del crítico en las semblanzas de Rasch Isla y de Rivera es muy otra. La técnica de analizar las estructuras poéticas o de referir las influencias, con tan sádica sabiduría, no aparece en esta faz de Don Lope. El anterior, clásico por formación y clasicoide por gusto literario, no hubiese elogiado con tan efusivo estilo romántico las cualidades literarias, especialmente de Rasch Isla. Pero he aquí que el de Azuero encontró en Guillermo Valencia, no propiamente las aspas del molino, sino los brazos vengadores del gigante. En su nube, ha de estar molido aún por la paliza que le asestó el Maestro desde *Universidad*, en la página más densa y en la prosa más alta de su portentosa vida literaria. Descanse en paz Don Lope de Azuero, quien fue en nuestra literatura lo que Don Lope de Aguirre en nuestra historia.

En 1921, después de los gozosos, le llegaron a José Eustasio Rivera los dolorosos en la pluma de un tal Atahualpa Pizarro, y en 1922 en la de Eduardo Castillo. Rivera se defendió airoosamente de ambos en dos resonantes polémicas... Miguel Rasch Isla fue uno de los más benignos. Sin embargo, provocó un alegato, igualmente famoso, negando la existencia de un solo poeta en Antioquia, cuando ya Porfirio Barba Jacob y Abel Farina, León de Greiff y Luis Merizalde brillaban en el cielo de la poesía. Los mandobles no hallaron batalla entre los antioqueños y sí entre los caldenses. "La manera como Rasch Isla supo devolver los golpes de sus adversarios —dice Don Lope— acabó por convencernos de que, si en el juicio hubo osadía y pretensión, en la habilidad con que lo sostuvo no faltaron elegancia y maestría"...

Los dos espadachines de estas esgrimas fueron Eduardo Castillo y Angel María Céspedes, como quien dice Cyrano y D'Artagnan en una página romántica y juglaresca, por la improvisada belleza literaria del torneo y porque allí el Maestro Valencia es el héroe de un verdadero poema histórico. En 1918 la mayoría conservadora del Congreso lanzó la candidatura presidencial de Marco Fidel Suárez. Los liberales —¡felices tiempos aquéllos!— se dividieron en dos fracciones: los coalicionistas, unidos a un mínimo grupo conservador, lanzaron la candidatura de Guillermo Valencia, y los puritanos, para restarle votos al poeta payanés y favorecer el triunfo del huma-

nista antioqueño, encabezados por Laureano García Ortiz, lanzaron la del ilustre médico José María Lombana Barreneche. Fue entonces cuando ocurrió el *Duelo Lírico* entre Angel María Céspedes y Eduardo Castillo...

...Para aceptar la importancia que Baudelaire atribuía al olfato en el mundo poético, el super-Cyrano Eduardo Castillo estaba armado de una fabulosa nariz, que debió influir en sus nostalgias de amor y en sus morfinas. Si una capa española, colgada de un pico de Tulcán, se esfumaba por las callejas, entre espadañas sombreadas de cipreses, era que Eduardo Castillo se perdía en la noche como un cuento de espantos. Cuando tornaba el ojo gris, de los paraísos artificiales, a la vida real, rimaba villancicos navideños en dulces flautas pastoriles, le cantaba a una lejana mujer o sentía el hondo anhelo de "ir a llorar las culpas" y a cavar el sepulcro "a la florida paz de un jardín sombrío de Cartuja". Las siguientes palabras definen su desolada biografía: "Me estoy muriendo de olvido, / me estoy muriendo de ausencia... / Ensueño que con empeño / aguarda mi vida trunca; / ensueño de amor, ensueño / divino... ¿no vendrás nunca?".

El poeta vivía con un ratón morfinómano y una paloma. Los tres dormían la droga en un abismo más oscuro que la muerte. La paloma le aleteaba sobre las manos exangües, y el ratón se le encaramaba en la nariz, cuando sentían la angustia del *güiro*. Al sentir la patita fría y la uña clavada, el pequeño llanto y la cola del ratón, el poeta fantasma movía el párpado, racionaba a sus colegas, y los tres fundían nuevamente sus sueños surrealistas en el abismo. Los elementos de esta historia me los dio Alberto Angel Montoya pocos días antes de retirarse, ojalá no para siempre, de las tertulias, en donde se le añora. Quizás este iluminado poeta ciego vive en un mundo más claro y simbólico que el nuestro de la luz celeste y celestina. El episodio del poeta, el ratón y la paloma, puede ser una fantasía. Lo único que lo hace verdadero es la cola del ratón haciendo cosquillas en sitios demasiado sensibles del olfato. Añadió mi buen amigo Angel Montoya que, en la lenta agonía, le manaba por el piquetazo la linfa amarilla y descompuesta. Eduardo Castillo fue el hombre que se anticipó a su cadáver. Cuando expiró, Ena Rodríguez le sacó la máscara: la inmensa nariz en quilla de naufragio; la boca abierta con el grito del sepulcro; un diente salido como el mástil de una barca, rumbo al abismo.

Leyendo su libro *El árbol que canta*, la capa del fantasma negro se convierte en la blanca veste del poeta, y su semblanza, purificada, adquiere en la luz propia que la rodea los contornos de la posteridad. La pobreza, y la beligerancia polémica, acompañaron a Castillo en su amarga vida literaria... En 1918 Angel María Céspedes, bajo el seudónimo impersonal de *Un Poeta Oscuro*, impugnó al Maestro Valencia desde *El Nuevo Tiempo Literario*, en vibrantes e irreverentes alejandrinos pareados, por traicionar y contaminar en la política el nombre de gran poeta de América que ya tenía ganado en *Ritos*. Y, así le dice: “La copa en que esperaba gustar la turba ansiosa / El vino que consuela de la terrena prosa, / He ahí que se la tiendes mendicante y vacía / En busca de políticos sufragios... ¡Oh ironía! / Maestro, los neófitos venidos de muy lejos / A escucharte, se quedan mirándote, perplejos. / ¿“Candidato”? ¿Es posible? ¿Tan poco y tanto anhelas? / ¿Así de alto te arrastras? ¿Así de bajo vuelas? / ¡Ah! Descender del Monte de los Iluminados / Para ceñir el nimbo de los sacrificados, / ¡Es bello!... Pero hundirse del pueblo entre la espuma / —Gaviota que no teme desprestigiar su pluma / Por recoger despojos en torno del navío— / A pescar, de esas ondas en el vaivén sombrío, / Fortuitos y gastados favores populares”... “Engañar, duplicarse, ser Jano y ser Tartufo / Por alcanzar un mando, resulta extraño y bufo / En quien nos ha prescrito, con giro noble y terso, / “¡Sacrificar un mundo para pulir un verso!”

Eduardo Castillo salió a la defensa del Maestro Valencia, en el mismo metro y con el mismo brillante y deslenguado acento de Céspedes, a quien impugna por haber vendido a su turno la lira... “Ella ciñó tu frente de niño con laureles, / ella te dio una corte de corazones fieles...” “¿Mas qué? / Según parece la gloria no te basta / y vendes tus canciones en pública subasta... / Dí: ¿Dónde están tus títulos para escalar de un salto / el Sinaí político, / y hablarle desde lo alto / con un risible gesto de protección al Lírico / que desdeña tu injuria como tu panegírico?” Castillo alude en esta arremetida al laurel que ganó Céspedes en un resonante concurso poético, cuando contaba apenas dieciséis años.

Como es natural y humano, el tema principal —en este caso el Maestro Valencia— pasó al segundo plano, y los paladines se pusieron de verde y de morado en ataques personales de inusitada virulencia, en la que Céspedes, dicho sea de paso,

lleva el campeonato, según se sabe por lo que sigue... “Un consejo, poeta, / Si sugerir no quieres que trances muy amargos / Te asedien importunos, / Que el azar es tu incierta despena, que son largos / Y acerbos tus ayunos, / Procura en tus poemas, —o harás que el público hable / De cuitas que tú callas—, / Dominar esa... ¿cómo decirte?... esa implacable / Obsesión de vituallas. / Sin lo cual, serán todos, como éste, el comprobante / Atroz... Quizá gratuito / De que tú no concibes que el bardo vibre y cante / Sino por apetito”.

Castillo, lacerado en su más dolorosa verdad, se le va a fondo: “Ganoso de lanzarme tu sátira y tu injuria, / estimas oportuno / hablar de mi despena sin pan, de mi penuria, / de mi forzado ayuno. / Confieso que no puedo contradecir del todo / tus palabras satíricas: / a veces me he nutrido de éter azul, al modo / de las cigarras líricas! / Mas dí! quién tiene un hambre mayor: el mozalbete / que hace faenas bajas, / o el bardo cuya lira, nunca venal, exalta tan sólo la hidalguía, / y en cuya mesa a veces, por eso mismo, falta / el pan de cada día?” Oídas estas palabras, el recuerdo de Castillo nos duele en el alma, porque apenas estamos viendo los toros desde las barreras.

Pero Céspedes explota con diabólica habilidad aquello de que su contendor se nutre de éter: “Concibo el cuadro: en la penumbra vaga, / En que un olor de droga favorita / (Manes de Baudelaire!) se propaga / Pegado a la flamante estalactita / de su nariz (oh musa de Quevedo!) / El greñudo eterómano dormita. / De vez en vez, refunfuñando quedo / Y alzando hasta la prenda estrafalaria, / En ademán mecánico, su dedo, / Con seriedad precisa y visionaria (¡Oh para Holbein seductor motivo!) / Pone en fuga una mosca... imaginaria”. Estos son los cuatro tercetos iniciales de los cuarenta y cinco que componen su última catilinaria titulada *Un Sonámbulo*, lo mejor de lo mejor en la producción de Céspedes. Lo de la mosca se refiere al desdén de Castillo cuando le dice: “De resto mi poema, que tanto te conmueve / Y que tanto te enfosca, / No tiene trascendencia... Fue sólo el gesto breve / Del que espantó una mosca!” El Ángel colérico de Céspedes puso esta estrofa de epígrafe a su última réplica, que bien podría llamarse *La catilinaria de las moscas*, pues son varias las que le pone a revolotear en torno de la nariz a su contrincante, y... una es ésta: “Repito: en tus ataques entreveo / La sorda acción aluci-

nante y bruja / De las pálidas drogas de Morfeo. / Uno de ellos, no obstante, sobrepuja / El poder visionario de que es nido / La perla maga o la olvidosa aguja. / Niegas que yo, sin pago prometido, / Entre dos hombres públicos distinga. / Indaguen otros (y perdón te pido, / Si ante esta mosca tu nariz respinga), / En qué charca pestífera llenaste, / Para soñar tal sueño, tu jeringa”.

Como las cosas pasaran de castaño oscuro, Joaquín Güell puso fin a la disputa en la misma entonación parnasiana del improvisado y asombroso torneo, en que rompieron lanzas dos de los más ilustres poetas del Centenario. Joaquín Güell, poeta muy cotizado en su tiempo, epilogó el *Duelo Lírico* con lo que dijo Silva: “El verso es vaso santo; poned en él tan sólo / un pensamiento puro; clamó un hijo de Apolo... Hermanos en el arte: cése la escaramuza: / el plectro sólo brinde sus cuerdas a la Musa”...

Total: una alegre fiesta al aire libre con el clásico piquete bogotano; innumerables versos recitados por sus autores; cuatro sonetos, uno de Rasch Isla, como gerente de la paz; dos de Castillo, de nobilísimo acento, y uno de Céspedes. Y como escenario, el de las letras colombianas representadas por la plana mayor de los escritores, desde Eduardo Santos y Luis Eduardo Nieto Caballero, fundadores de la generación centenarista, hasta Mario Carvajal, perteneciente al grupo de “Los Nuevos”. Naturalmente, como broche de la festiva reunión, las décimas sacramentales del inolvidable Raimundo Rivas y... ¡colorín colorado! Así terminó felizmente el episodio mosquetero más famoso de nuestra historia literaria.

El *Duelo Lírico* fue publicado por el editor Juan Casís (Bogotá, 1918), y pronto será reeditado. Réstame decir que Angel María Céspedes, laureado a tan corta edad, asombró a la crítica, no tanto por sus dieciséis años cuanto por la madurez inexplicable de su poema *La Juventud del Sol*. Castillo permaneció en Bogotá, dedicado al periodismo. Céspedes se ausentó del país en la primera juventud y vivió los mejores años poéticos desvinculado de las letras colombianas en tierras extranjeras, como diplomático. Tales circunstancias explican que su nombre, a pesar de su alta calidad, no suene con tanta frecuencia como los de Rivera y Castillo.

La reedición del *Duelo Lírico* es oportuna, entre otras razones, porque actualiza la figura poética de Angel María Céspedes. Así, el lector recogerá las palabras prologales del poeta centenarista Roberto Liévano, cuando dice... “escúcha / este rumor de cítaras que surge de la lucha, / más que duelo rimado, lírico simulacro, / pues al extremo airado de cada acero, un sacro / Numen prendió amoroso, durante la querella, / en el uno una rosa y en el otro una estrella”. La primera, la rosa de los vientos y la siempre rosa de los poetas amados de los dioses, fue para Céspedes. La segunda, la mala estrella del destino, nunca se puso en la noche de Castillo... castillo ruinoso y desamparado en una peña oscura, con el Cuervo de Poe y el Angel de la Melancolía, de Durero. Y en el mar iracundo la sirena imposible que le canta, mientras el ratón le escarba la nariz con la patita fría y la paloma le aletea sobre las manos exangües.

(Capítulo del libro próximo a publicarse, “Esquema de Literatura Colombiana”, del escritor nacional Javier Arango Ferrer, cedido especialmente para esta entrega de HOJAS DE CULTURA POPULAR COLOMBIANA).